

La universidad

Seguía yendo cada tarde a la Facultad de Ciencias de la Educación, donde, como el más pobre de los sabios de *La vida es sueño*, continuaba recogiendo las asignaturas que otros, que iban delante de mí, arrojaban. En esta época me hice cargo de **tres materias que me enseñaron mucho**.

En el bienio 2001-2003 hice de nuevo los **Cursos de Doctorado**. En su día los había hecho en el Departamento de Geografía, pero había pasado tanto tiempo que ya no servían como paso previo a la inscripción de una tesis, y, como la exigencia del doctorado es consustancial a la universidad, de vez en cuando me daba por aludido y una vez más enfilaba, sin demasiada convicción, tal asunto.

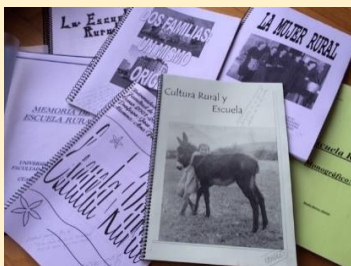
Ya en el tramo final de mi andadura universitaria, tuve el honor de ser **invitado a la UIMP** (Universidad Internacional Menéndez Pelayo), y, como los motivos para la vanidad no son muchos en lo que se refiere a mis andanzas en el mundo académico, suelo presumir de haber pisado tal cumbre como colofón a una andadura que, sin embargo, como ya expliqué en el capítulo anterior, había decidido realizar por la parte más baja del territorio y, como quien dice, casi casi camuflado. (p. 463)

Tres materias que me enseñaron mucho

Enseñaba y aprendía al mismo tiempo. Y es que para enseñar en una Facultad de Ciencias de la Educación no basta con contar lo que se hace en el aula, por modélico que sea el profesor (que jamás fue mi caso), sino que hay también que conocer lo que otros, con mayor o menor tino, han escrito sobre el tema. A su vez, hay que dotarse de criterios para valorar esto último críticamente. Además, ha de enseñárseles a los alumnos que un profesor se forma verdaderamente cuando vuelve todo eso que estudia hacia su pensamiento y su acción en el aula. Y esto no basta con decirlo, sino que, siendo consecuente con ello, se ha de mostrar cómo lo hace uno mismo. Y todo esto sin perder nunca de vista la prosaica realidad de la escuela, con el fin de evitar el desvarío academicista (tecnocrático o idealista, que de ambos tipos hay) en el que tan frecuentemente incurren quienes, instalados permanentemente entre las cuatro paredes de la Academia, no conocen o se han olvidado de lo que ocurre fuera de ella. Es decir, que hay que saber manejarse en el doble juego de las posibilidades y los límites de la acción en las aulas de los institutos y las escuelas, y hablarles con sinceridad a los alumnos universitarios de las contradicciones, las paradojas, las incertidumbres y las dudas que forman parte de la profesión docente, y contarles cómo las vive uno mismo.

En aquellos años me hice cargo de tres asignaturas cuya preparación me permitió ampliar conocimientos y realizar reflexiones sobre mi práctica que seguramente no habría hecho de no haber sido por ellas. Fueron estas: **Escuela Rural**, **Currículum Transversal** y **Educación de Adultos**. (p. 464)

Escuela Rural



Yo había sido maestro rural. ¡Qué bien!, exclamará de inmediato el lector que, como tantos y tantos en la enseñanza, suscriba la equivocada idea de que es en la práctica donde únicamente se aprende a enseñar, y, por tanto, también a enseñar a enseñar; es decir, que la práctica es la fuente del conocimiento verdadero en lo que a la docencia se refiere. Pues no. Como conté en el capítulo primero, mi práctica en aquellos años iniciales, cuando fui maestro rural, no pasó de ser una práctica vulgar, sin teorización alguna, o sea, una mera prolongación de mi manera de ser. Es más, a estas alturas de esta autobiografía seguramente ya le habrá quedado bastante claro al lector que, en realidad, yo nunca quise enseñar a nadie cómo enseñar a otros; lo que quería era enseñar el camino para llegar a ser un buen profesional, lo cual es sustancialmente distinto de lo anterior, porque esto último significa que el sujeto y el objeto de intervención es uno mismo. Lo que explicaba en esta asignatura era cómo me afectaban a mí las lecturas que hacía y que era capaz de relacionar con el trabajo en la escuela, fuera esta rural o urbana, dado que, en la enseñanza, lo rural y lo urbano, lo tradicional y lo moderno (postmoderno ya), no son sino caras de una misma moneda

Currículum Transversal



... Siempre que me hacía cargo de una asignatura nueva la adaptaba a lo que sabía, a la vez que me entregaba al estudio para ponerme al día acerca de lo que otros hubieran dicho al respecto. Estaba bastante seguro del interés que tenía para la formación de los estudiantes lo que yo mismo pensaba y hacía en el campo de la enseñanza, de modo que procedía a reubicarlo en función de la ventana por donde iban a asomarse a ello los alumnos de magisterio o de pedagogía que me asignaban. [...] enseñaba no tanto lo que otros habían dicho, cuanto lo que yo pensaba a propósito de lo que se decía en el mundo académico. [...] la materia denominada Currículum Transversal, había sido creada hacía muy poco tiempo con el fin de dar respuesta a las demandas planteadas por las últimas reformas promovidas por los gobiernos socialistas, con respecto a las cuales yo tenía una doble posición de apoyo y de crítica. [...] No estaba dispuesto a plantear la asignatura como un frente más del avance del pensamiento que se iba estableciendo como el políticamente correcto. Defendía, por el contrario, que para evitar que dicho

Educación de Adultos



Adultos eran mis alumnos universitarios, lo mismo que los colegas con los que había trabajado en mi larga etapa dedicado a la formación permanente del profesorado, lo eran también las madres y los padres de los escolares de primaria, y lo era yo, que llevaba muchos años formándome a mí mismo procurando relacionar lo que leía con lo que era mi vida ubicada en un contexto social y profesional determinado. Estaba, pues, en condiciones de acercarme con criterio propio a lo que otros hubieran hecho o dicho sobre la educación de las personas adultas. De acercarme y de decir algo que ayudara a mis alumnos a pensar sobre lo que ellos mismos hacían con los saberes que el sistema escolar les proporcionaba y la vida que llevaban como personas, estudiantes o ciudadanos. [...] La asignatura, cuando fue incluida en el plan de estudios de pedagogía, se refería a otras enseñanzas, como las relacionadas con la alfabetización en sus múltiples versiones (de la primaria a la digital) y situaciones históricas, la obtención de titulaciones básicas, la cualificación profesional y para la vida social, cultural y política en la edad adulta, así como a enfoques como los de la educación popular, la investigación participativa, el desarrollo

acuñada sobre la aleación resultante del encuentro entre la cultura y la escuela. Al comienzo de este capítulo ya hice referencia a lo que había aprendido con mis lecturas de antropología cultural... (pp. 464-465)

pensamiento se convirtiera en el nuevo catecismo postmoderno (por muy laico y progresista que fuese), no debía ser protegido del implacable ejercicio de la crítica... (pp. 466-467)

comunitario, etc. Pero, de nuevo, sin dificultad alguna, la llevé conmigo al huerto que tenía bien cultivado, que era el de las relaciones entre el conocimiento académico y la vida de las personas... (p. 467)

Cursos de Doctorado

En la universidad no solo habitan el conocimiento académico y la investigación, sino que, como todo caserón antiguo, alberga sus propios espectros. A mí me visitaba asiduamente **el fantasma de la tesis** doctoral, sin que sirviera de mucho que en mi defensa adujera que, como profesor asociado que era, no la necesitaba. Ocurrió así que, recién estrenado el milenio, me inscribí en el Doctorado de Pedagogía. Buscaba, sobre todo, explorar si alguna de las metodologías y de las técnicas de investigación, que conocían bien quienes iban a impartir algunos de los cursos del programa, podían amparar mi indefinida idea de realizar el trabajo académico más exigente sin tener que dejar de lado mi pensamiento pedagógico y mi acción como maestro. (pp. 468)

El fantasma de la tesis



Una y otra vez, mientras recorría el largo y solitario pasillo que conducía a mi despacho en la facultad, se me acercaba el fantasma de la tesis, quien, caminando a mi lado, me recordaba que todo profesor universitario debería alcanzar el grado de doctor. No me parecía mal que lo hiciera, dado el respeto que siempre sentí por la Academia y los seres que la habitan (hablo en general, claro está, porque, como en cualquier otra parte, allí también hay de todo), así que conversaba amistosamente con el espectro sabiendo que su intención era buena. Aducía en mi defensa que siempre me había resistido a hacer algo en lo que no creyera. [...] sabía también que mi acompañante no me decía aquellas cosas para tentarme a hacer cualquier cosa, sino para ayudarme a superar los escrúpulos metodológicos que tenía. Y es que no había manera de dar con un método y unas técnicas de investigación que no produjesen un resultado cuyo alejamiento de la realidad vivida en el aula me hiciera sentir incómodo, como si estuviera mintiendo o malgastando el tiempo al emplearlo en hacer algo de dudoso interés para mi quehacer profesional.

[...]

Antes de dejar definitivamente atrás este asunto, quiero agradecer la amistosa atención que me dispensaron quienes alguna vez me hablaron de la tesis, que no fueron pocos. Al respecto, y a propósito del amago de culpabilización que creí adivinar en la persona que hace un tiempo, en conversación informal, dejó caer algo así como que no habían estado a la altura de mis demandas, quiero decir que, ciertamente, ninguno de ellos se decidió a arriesgarse conmigo avalando un intento de doblegar los instrumentos y los usos académicos para tratar de acercarlos hasta la orilla del aula donde yo trabajaba sin la menor intención de olvidarla tal como era; pero culpa, lo que se dice culpa ligada a un perjuicio, ninguna, más bien todo lo contrario, quizás ellos con su prudencia y yo con mi obstinación confirmamos que para un docente de primaria o secundaria empeñado en desarrollar su profesionalidad, no hay nada mejor que aprender a nadar y así poder cruzar libremente entre las orillas de la Academia y la escuela o el instituto, siendo ese bracear diario lo que realmente fortalece y habilita para ejercitar una profesión tan distinta de las ingenierías y las técnicas que permiten encorfrar y construir sólidos puentes, al ser lo nuestro más bien un constante y personal trajar a nado entre las orillas de la teoría y de la práctica. (pp. 469-470)

Invitado a la UIMP

Cuando el Prof. Alberto Luis Gómez, mi mejor mentor en el ámbito universitario, me llamó para decirme que quería contar conmigo para el seminario sobre la formación del profesorado que iba a dirigir en los cursos de verano de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (2005) conjuntamente con el Prof. Juan Manuel Escudero, no me mostré muy dispuesto. No era yo lo que se dice un reconocido experto internacional en el tema, y hablar de mis ideas y mi experiencia en un foro tan prestigioso me parecía que podía resultar demasiado atrevido. Había recorrido a diario el trayecto de ida y vuelta entre la universidad y la escuela y estaba seguro de lo que ello había significado para mi formación profesional, pero no había conseguido logros significativos más allá de mí mismo, a pesar de haberme dedicado intensamente durante más de una década a la formación del profesorado. Así que hice un primer esbozo y lo sometí a la consideración de los organizadores. Cuando lo aceptaron, me senté a trabajar en ello y escribí el texto titulado La formación del profesorado y el desarrollo de una pequeña pedagogía crítica. Notas autobiográficas de una vida profesional en la frontera (ya citado en la nota 22). Fue aquella, creo recordar, la primera vez que presenté en público la idea de la pequeña pedagogía. El asunto tuvo el añadido anecdótico de que en el mismo seminario participaba también el Prof. Ewald Terhart, de quien había tomado tan atractiva y sugerente denominación, si bien uno y otro no le dimos a la expresión exactamente el mismo significado.

Aunque no es del todo cierto, porque aún enseñé en la facultad tres cursos más, suelo ubicar en el Palacio de la Magdalena, con respetuoso humor y por aquello de situarme en la cumbre, la despedida de mis relaciones con la universidad. Me gusta hacerlo así porque fue aquel un decorado **como de cuento**, perfecto para escenificar una relación que tuvo algo de fantástica. (p. 470)

Como de cuento



De cuento de hadas, con palacio y todo, así fue el decorado de aquella intervención mía en la UIMP. Ni Perrault ni los Hermanos Grimm ni la más reciente factoría Disney habrían hallado escenario más apropiado para representar la fabulosa historia de las relaciones entre un modesto docente y la muy noble universidad que lo acogió en su seno.

Estuve allí a finales de agosto de 2005, hospedado (acompañante incluida) durante varios días en una buhardilla con vistas a la Bahía de Santander. Cuarenta y ocho horas después de aquello iniciaba un nuevo curso en el Colegio Público de Villar Pando. Aquel palacio en la Península de La Magdalena y mi escuela en un barrio de Oviedo representan a la perfección los límites del territorio del que allí hablé, que no fue otro que el que media entre el conocimiento académico universitario y la enseñanza en una escuela. La propia denominación que le di a mi propuesta (pequeña pedagogía) tuvo algo de título de cuento.

Si podía estar seguro de que no se trataba de una ficción era porque yo mismo había vivido en primera persona la historia que allí relaté. Ya entonces me pareció que la forma autobiográfica era la más apropiada para abordar las relaciones entre la teoría y la práctica, de modo que tentado estuve en el prólogo a presentar esta autobiografía como hija concebida en Santander, fruto del encuentro, en una romántica buhardilla, del ceniciento maestro que fui y la altiva princesa que me acogió en su palacio. (pp. 470-471)